

R.43978

DISCURSOS

LEIDOS

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

QUE HA CELEBRADO DESDE 1847

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO PRIMERO.



MADRID,
IMPRENTA NACIONAL.
1860.

DISCURSOS

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Esta obra es propiedad de la Real Academia Española.



MADRID
IMPRESA NACIONAL
1880

ADVERTENCIA.

La recepcion de los individuos de número de la Real Academia Española, que ántes de 1847 era un acto privado, se celebra desde aquella época en sesion pública, leyendo el nuevo Académico un discurso, al cual contesta con otro el Director, ó un miembro de la Corporacion comisionado al efecto. De tales discursos y contestaciones se compone la presente coleccion, que irá continuándose indefnidamente.

De los discursos anteriores á la época citada, se escogerán así mismo aquellos que por el interes del asunto y la manera de tratarle, parezcan más dignos de la atencion del público, para incluirlos en otra coleccion que, con el título de «Memorias de la Real Academia Española» se dará á luz más adelante.

Al fin de cada volúmen se pone un índice de materias, con el objeto de facilitar su estudio.

DISCURSO

DEL SR. D. JOSÉ JOAQUIN DE MORA.

LA alta distinción con que me ha favorecido la Academia abriéndome generosamente sus puertas y colocándome al lado de los hombres ilustres que la componen, si en todos tiempos debería parecerme un galardón desproporcionadamente superior á los pobres trabajos literarios que llevan mi nombre, trae consigo, en la época en que vivimos, obligaciones tan árduas y una responsabilidad de tanto peso, que desmayan mis fuerzas al considerarlas, y me demuestran la temeridad de que me he hecho reo, cuando aspiré al honor que habeis tenido la dignacion de concederme. La Academia Española es la conservadora y la depositaria de la propiedad y pureza de uno de los más bellos idiomas que ha sonado jamás en los lábios del hombre; encargo siempre difícil y laborioso, pero que facilitan y alivian en eras más felices el respeto á las tradiciones, la solidez de los estudios clásicos, la concentracion del espíritu nacional, la sobriedad de las doctrinas y hasta la regularidad y la circunspeccion de la vida social y doméstica. Mas cuando reemplazan estas condiciones de bienestar, de orden y de alta prosperidad literaria y científica el ciego prurito de innovacion y de mudanza, el desprecio de las reglas sancionadas por las produccio-

nes del génio y la veneracion de los siglos, la anarquía de las opiniones, la aclimatacion forzada de ideas exóticas y de sentimientos extraños á nuestra índole moral y á nuestros hábitos peculiares; cuando se afecta lo que debia ser inspirado, se exagera lo que debia ser genuino, se envilece lo que debia ser natural; por último, cuando el mal gusto predomina, nó como escuela especial entronizada por una moda pasajera, sino como emancipacion absoluta de todo precepto y autorizacion ilimitada de todo extravío, entónces el idioma, en que se reflejan todas estas causas de deterioro, admite ciegamente en su composicion todos sus maléficós efectos, y para purgarlo de ese fómes corrompido, se necesita todo el celo, toda la ilustracion que admiramos en esta corporacion benemérita. Léjos estoy, Señores, de creerme apto y digno de tan delicada y trabajosa tarea; pero ya que no me es dado ostentar las prendas que su desempeño exige, permitidme que os exprese mi convencimiento del mal cuya curacion depositan en vuestra sabiduría la confianza de la nacion, la espectacion del mundo civilizado y los nobles designios de nuestro augusto fundador.

Este mal, que no lo es ciertamente en su esencia, sino que ha llegado á serlo porque la ignorancia y la presuncion han deteriorado los principios de mejora que abrigaba en sí, cuando no sólo era un bien necesario, sino una condicion indispensable de la riqueza de los idiomas; este mal, que invade aceleradamente los dominios del raciocinio, de la imaginacion y de la ciencia, facilitando la usurpacion que en ellos ejercen el sofisma, la extravagancia y la pedantería; este mal, que despoja al estro poético de sus galas, á la elocuencia de su vigor, al debate científico de su dignidad, á la plática familiar de su franqueza, de su originalidad y de sus gracias, este mal es el neologismo. Voy á bosquejar rápidamente su historia, y despues de indicar los servicios que ha hecho á la civilizacion y al cultivo de la inte-

ligencia, lo presentaré en el banquillo de este severo tribunal, como reo de profanacion de cosas santas, como usurpador de jurisdiccion ajena, como enemigo de las glorias nacionales, como rebelde declarado contra la autoridad irrecusable, contra el poder legítimo que en este Cuerpo reside.

Cualquiera que sea la opinion que se abrace sobre el origen de los idiomas, y, por fortuna, la religion y la filosofía están perfectamente de acuerdo en la explicacion de tan prodigioso suceso, la observacion y la arqueología nos demuestran que todos ellos pasaron por la pequeñez y la flaqueza de la infancia; que al brotar simultáneamente en el seno de una masa de hombres, ligados ántes por el vínculo comun de un dialecto único; al dividirse, como estos mismos hombres, en diversos grupos que llegaron á ser naciones primitivas, y troncos de esas ramas fecundas que cubrieron despues la superficie de la tierra, los idiomas no se componian sino de voces radicales y primarias, cuya clasificacion, cuyas terminaciones y cuya simetría facilitaban de un modo admirable la adquisicion de toda clase de riqueza, y su adaptacion á la satisfaccion de todas las necesidades de la inteligencia y de la voluntad. No es dado á la más traviesa imaginacion acertar los medios de que habrian podido valerse los hombres para crear convencional y artificialmente un idioma; ni aún siquiera es posible adivinar cómo pudieron convenir, sin la ayuda de voces significativas, en el uso comun de otras voces. Con la gesticulacion se indican los objetos visibles; con el juego de la fisonomía, los afectos del ánimo; pero, ¿cómo se determinan con actos externos y sensibles las operaciones y las facultades del espíritu, las relaciones fugaces y sutiles de las ideas, las modificaciones que representan en el verbo las tres épocas de la duracion, la abstraccion en toda su generalidad, la clasificacion con toda su sutileza? Así es que en medio de todos los descubrimientos que se han hecho en las tinieblas de la antigüedad,

en esas revelaciones que la erudicion y los viajes han sacado del polvo de los desiertos, sobre los orígenes más remotos de las instituciones, de las costumbres, de las creencias y de la ilustracion de las razas más próximas á la dispersion del género humano, ni el más ligero vestigio se ha encontrado todavía de la formacion primitiva de un sistema de locucion. Donde quiera que se descubre al hombre, se descubre el lenguaje, y, lo que es más, lenguaje perfecto en su estructura, completo en sus partes necesarias, si bien más ó ménos escaso de palabras, segun la mayor ó menor pobreza de ideas, nociones, y de conocimientos en el pueblo que lo usaba.

Todo esto es innegable; todo esto confirma la narracion de Moisés; pero, ¿acaso se infiere de aquí que el lenguaje inspirado debia permanecer en sus límites primitivos? ¿Que fué designio de la Providencia dotar al hombre de un instrumento de comunicacion con sus semejantes, capaz de satisfacer por sí solo todas las necesidades que habian de nacer sucesivamente de sus relaciones, de sus descubrimientos, de todas las vicisitudes que lo aguardaban en la carrera de la vida, de todos los progresos á que se prestaba el porvenir de la civilizacion? No por cierto. ¿Qué fué, pues, lo que el hombre recibió del soplo divino, cuando se sintió impulsado á pronunciar ciertas voces, distintas de los sonidos imperfectos quizás y toscos de que hasta entónces se habia valido? Fué lo que era necesario para aumentar despues indefinidamente el caudal de sus signos hablados; fué la armazon metódica y simétrica en la cual le era desde entónces fácil colocar las adquisiciones que el tiempo y los sucesos le proporcionasen. Tan claras son las obras del Criador, tan luminosa la accion de su omnipotencia, que para distinguir en los idiomas la parte inspirada de la parte adquirida, no necesitamos acudir ni á hipótesis aventuradas, ni á investigaciones laboriosas. Aquello en que todas las lenguas con-

vienen; aquellos elementos sin los cuales ni aún es posible concebir la formación de una lengua por mezquina que se suponga; aquellas condiciones á que todas ellas se sujetan con prodigiosa uniformidad—tal es la obra de la inteligencia suprema. La incertidumbre y la discordancia, son caracteres distintivos de la obra del hombre. Desde el principio de las sociedades se nota este síntoma de la degradación de su naturaleza en todos los ramos á que aplicó el ejercicio de sus facultades; en sus teogonías, en su filosofía, en su forma de gobierno, en sus prácticas civiles, en sus artes de utilidad y de imitación; pero en el número y en el carácter de las partes del discurso, en las alteraciones forzosas de algunas de ellas, como las relaciones del verbo con el tiempo y la persona, en la colocación de las que tienen un sentido relativo con respecto á los que lo tienen absoluto, en ningun lenguaje humano se ha descubierto hasta ahora la más pequeña discrepancia. Más copioso sería sin duda el del sibarita de Sardis, que el del ginete escita; pero no articularia una voz el primero que no perteneciese á una de las divisiones que ya existiesen en el dialecto del segundo. Desafiese al hombre más ingenioso á que invente una palabra que no pertenezca á una de las ocho divisiones de vuestra Gramática, y todo su ingenio se postrará confundido ante las leyes eternas de la creación.

Mas así como el árbol no se cubre de frutos sino cuando el tiempo ha robustecido sus fibras, y combinado los elementos de que ha de componerse su sávia, sin embargo de poseer ya, en aquel rudimento de existencia, todo cuanto necesita para consumir las dos operaciones, así las lenguas no llegan á enriquecerse, sino cuando progresan en saber y experiencia los que las hablan; cuando se multiplican los sucesos en la carrera de las naciones á que pertenecen, sin embargo de contener ya en su estructura el gérmen de sus futuros desarrollos. Desde

el primer origen de un idioma, empieza y continúa trabajando en su engrandecimiento ese género de innovacion, ó más bien, de adquisicion de voces ajenas que llamamos neologismo, sin cuyo auxilio no es dado imaginar cómo pudieran salir los idiomas del estrecho círculo de su escasez primitiva. Las sociedades recién formadas, poseedora cada una de ellas de un vocabulario especial, y, según conjeturas de profundos eruditos, esencialmente diversos entre sí, cambiaban mutuamente los signos expresivos de sus respectivas ideas y descubrimientos. Así fué probablemente como las lenguas de la descendencia de Sem, llamadas por esta razón semíticas, la hebrea, la arábica y la fenicia, comunicaron á las otras, y especialmente á las monosilábicas, tan comunes en el Asia, la amplitud, la superabundancia de dición, tan necesarias para la expresion de las ideas religiosas y de las inspiraciones poéticas; así fué como el sanscrito, que interpretó desde muy temprano las más elevadas especulaciones de la filosofía, comunicó al griego y al latin, con los que tan estrecha analogía presenta en su estructura gramatical, las palabras técnicas de aquella ciencia sublime. Así fué, por último, como más tarde la lengua de los romanos, de esos hombres que asentaron su dominio universal más bien por la sabiduría de sus instituciones que por el brillo de las victorias, llegó á ser el fecundo manantial de donde todas las naciones de Occidente sacaron los nombres de todo lo que entra en la jurisdicción de la política, de la legislación del orden civil, de foro y de la magistratura.

Sin necesidad de ostentar una erudición recóndita y laboriosa, sería fácil citar ejemplos, en las primeras épocas históricas, de estas adquisiciones sucesivas, que constituyeron entónces, y siempre constituirán, una necesidad irresistible de nuestra especie. Haré mención de uno de estos ejemplos, porque él manifiesta la propagacion de una de las verdades más im-

portantes de cuantas el hombre conoce, realizada por medio de un neologismo. La palabra sanscrita *manuschya*, que significa ser humano, tiene por raíz la sílaba *man*, que significa espíritu. Pues ved aquí el origen del *mens* de los latinos, de que los italianos y los españoles han hecho *mente*, y del *mensch* alemán y el *man* inglés, que significan hombre; de modo que si el dogma filosófico de la espiritualidad nació en las orillas del Ganges, como muchos diestros indagadores han creído, la usurpacion de una palabra sola bastó para propagar aquella doctrina consoladora, sirviéndole de vehículo dos idiomas destinados á cubrir una porcion inmensa del antiguo continente.

Este y otros innumerables descubrimientos que debe la filosofía á la ciencia cultivada con tan buen éxito por Leibnitz, Adelung y por los dos ilustres españoles Hervás y Wiseman, prueban la verdad de una opinion vertida por algunos filósofos de nuestro siglo, y que confirma cada dia el estudio de la antigüedad en las obras escritas y en los monumentos, á saber: que el fundamento de la historia es el conocimiento de las lenguas, porque en las peregrinaciones de las palabras se leen las de las razas y las de las naciones, el giro que ha seguido en ellas el cultivo de la razon, sus agregaciones en diferentes grupos, la separacion de estos en otros menos numerosos, y por último, la casi general derivacion de los idiomas más propagados y más ricos, originada en el Asia, donde plugo á la Providencia encerrar en su gérmen los destinos de la humanidad y preparar los triunfos de la religion verdadera.

Las lenguas asiáticas, y especialmente las de la gran península índica, fueron, pues, á los principios los abundosos manantiales de los neologismos que inundaron no sólo las lenguas germánicas y la greco-latina, sino las de origen puramente céltico, y entre ellas nuestro vascuence, la del principado de

Gales, y las otras ramas de esta numerosa familia. Y mientras exportaban estas riquezas hácia el Norte y el Occidente, otras salían de aquella vasta manufactura para engrandecer los dialectos de las islas de la Oceanía y del continente del Nuevo Mundo, donde en medio del increíble número de idiomas aparentemente distintos que se encuentran esparcidos en tan amplia superficie, la investigación científica ha descubierto muchas raíces tátaras y egipcias, correspondientes quizás al prototipo távaro-egipcio, que revelan en su armazón osteológica, en su arquitectura, en sus tradiciones religiosas y en la disciplina de su vida doméstica, los descendientes de Manco Capac y de Motezuma.

Pero, ¿á cuál de las clasificaciones gramaticales pertenecían generalmente los neologismos con que se enriquecieron los idiomas en aquellas remotas épocas? ¿Eran simplemente los nombres de los objetos materiales que se presentaron á los sentidos de unas naciones y no á las que asentaron su domicilio en otros puntos geográficos? ¿Eran adjetivos metafóricos y descriptivos, sugeridos á un pueblo por la vehemencia y fecundidad de imaginación de que otros carecían? ¿Eran verbos de acción y movimiento, análogos á los ejercicios, á las ocupaciones y los juegos que unos practicaban y no practicaban otros?

La ciencia enmudece ante este impenetrable enigma, como ante otros muchos que ofrece el oscuro y difícil estudio filosófico de las lenguas; pero las conjeturas que ilustran en parte tan recóndito asunto son tan óbvias y naturales, que pueden casi ocupar el lugar de la historia: además del apoyo que les suministran algunos hechos positivos que han podido resistir á la acción destructora del tiempo. La parte más copiosa y más variada de cada uno de los idiomas primitivos, fué sin duda la que expresaba la peculiaridad por la que el pueblo que la hablaba se distinguía de los pueblos contemporáneos. Las voces

astronómicas de las lenguas de la region central del mundo salieron del caldeo y del egipcio; del fenicio, las relativas al comercio y á la navegacion; del hebreo, el lenguaje de las ideas religiosas y ascéticas, del mismo modo que, más tarde, el griego suministró los nombres de las ciencias, de las artes y de las figuras retóricas, y el latin, los del arte militar, los de los contratos y los de las acciones judiciales; y más tarde han salido de la Gran Bretaña las voces necesarias para el establecimiento y práctica del sistema representativo, y del mismo país están saliendo en la actualidad las voces de mando y maniobra que requiere la navegacion por medio del vapor.

Por este medio se han facilitado de un modo prodigioso el ejercicio de la inteligencia y la obra de la civilizacion; se han hecho comunes á toda la especie humana las adquisiciones y descubrimientos que en una de sus ramificaciones hacian el talento y la casualidad; se han fecundado nuevos ramos de saber y nuevos trabajos útiles, y se han acercado entre sí los idiomas y confundido sus elementos, hasta el punto de inspirar á algunos eruditos de primer orden la idea de un lenguaje universal único, del cual todos los que se hablan en las diversas naciones de la tierra no son mas que correcciones ó dialectos: idea, no sólo opuesta á la verdad revelada, sino contradicha por la extrema disparidad de las partes fundamentales del lenguaje, en pueblos vecinos y separados, siendo estas partes las que más debieran concordar entre sí, dado que esta doctrina tuviese visos de probabilidad.

Y si no, ¿qué es lo que ha servido de regla á los sábios que han cultivado con éxito este ramo de saber para fijar en cinco, segun unos, y en más ó ménos, segun otros, los idiomas primitivos, de que se han derivado todos los que hablan las diversas naciones de la tierra? ¿Por qué se ha dicho y probado que el griego y el latin descenden del sanscrito, sino por la

extraordinaria semejanza de sus gramáticas respectivas? Donde hay identidad de gramática hay identidad de origen; porque las palabras se trasladan de un pueblo á otro; pero la gramática es una propiedad inenajenable; es un elemento fijo que no se altera, ni se enriquece, ni perfecciona. Así es que las lenguas semíticas, que carecen de tiempos compuestos, no los han adquirido, ni imitado de las otras lenguas que los poseen; así es que las lenguas más ricas del Sur de Europa carecen de participio de presente, sin embargo de hallarse en la lengua de donde han tomado sus partes constitutivas y la mayor porción de sus riquezas; así es como el número dual es una propiedad exclusiva del griego; así es, finalmente, como los ingleses no han admitido, ni el número ni el género en sus adjetivos.

Hay más todavía. Las palabras que más de cerca pertenecen á la gramática, porque sólo sirven para expresar ideas puramente gramaticales, como las conjunciones y las preposiciones, son tan inalterables en su número, como la gramática misma en su construcción fundamental. Esquivan la acción del neologismo y resisten á la mudanza de costumbres, y aún al imperio de la necesidad. Las lenguas semíticas no tuvieron en su origen más que una conjunción, que es la que nosotros llamamos copulativa, y no tienen más en su estado presente. Nosotros no tenemos más conjunciones y preposiciones en la actualidad que las que leemos en las Partidas: prueba notable de la identificación primitiva de estas voces con el molde primitivo de los idiomas. Y esta circunstancia ha inspirado á un sábio alemán la opinión de que todas las lenguas fueron en su origen monosilábicas; que los monosílabos que las componían fueron poco á poco agregándose á otros y formando polisílabos y que las que permanecieron inalterables son esas voces que llamamos partículas: opinión más ingeniosa que sólida, y que no se apoya en ningun resto de la antigüedad ni en ningun hecho histórico.

El erudito Guillermo Schlegel, á quien debe la filología tan admirables descubrimientos y tan sábias y seguras reglas de investigación, reconoce en la gramática el único medio acertado y racional de indagar el origen de los idiomas. *In origine ignota linguarum exploranda, ante omnia respici debet ratio grammatica*; y si quisieramos buscar una razon *à priori* de esta verdad, la hallaríamos en la extrema disparidad de las lenguas de diverso origen y en los lineamentos fundamentales de su gramática. En unas abundan los verbos irregulares; en otras no hay uno solo. En unas varían las conjugaciones; en otras la conjugación es única para todos los verbos. Hay lenguas que carecen de modos; otras no tienen tiempo presente. Unas conjugan sin verbo auxiliar; otras no distinguen los tiempos sino por los verbos auxiliares. El pretérito plusquam perfecto, tan expresivo y tan sonoro en el latín, no se encuentra en sus lenguas derivadas. Nosotros suprimimos en los verbos los pronombres, porque el incremento de cada tiempo lo determina, y hay lenguas americanas en que este incremento no sólo determina el pronombre sujeto, sino el pronombre régimen. Véase, para no salir de ejemplos que nos son familiares, cuánto se diferencia la sencillísima conjugación inglesa, reducida, en los verbos regulares, á cuatro solas terminaciones, de la superabundancia de ellas que hermosean los verbos del latín y de sus derivados; compárese, al contrario, la riqueza de los infinitivos ingleses con los tres únicos modelos de los latinos, y para mayor y final confirmación de esta doctrina, ahí está el hipérbaton, tan rico, tan libre, tan caprichoso en la lengua de Virgilio; más encadenado y modesto en la de Cervantes, y casi enteramente excluido de la de Bossuet. ¿Por qué no ha disipado, ni aun parcialmente, estas diferencias el neologismo? Porque la gramática, y no la lengua, es lo que constituye el carácter nacional; porque la Providencia distinguió con ella á las naciones de un modo aún más positi-

*

vo y permanente que con el ángulo facial y el color de la piel. Los hombres, pues, tenían en la gramática de cada lengua y en las palabras que expresaban sus elementos, todo cuanto les era necesario para comunicarse recíprocamente sus ideas y sus sentimientos; para crear familias y sociedades; para darles leyes é instituciones; para confesar y bendecir á su Criador, y para cumplir todas las obligaciones que sus respectivas condiciones les imponían. Mas esto no bastaba á la indefinida facultad creadora de la inteligencia; no bastaba á la insaciable curiosidad que despertaban en su alma las maravillas de la creación, á las trasformaciones que recibían de sus manos los productos de aquella madre fecunda, ni á las nuevas relaciones y nuevas necesidades que debían brotar de un estado de civilización, tan vasto en su amplitud como complicado en sus partes constitutivas. Unas naciones avanzaban más que otras en esta noble carrera abierta á las facultades activas del ser humano. Las más avanzadas prestaban sus riquezas á las que las seguían. El comercio fué y debió ser el agente de estas transmigraciones. Las producciones naturales de un país determinado, recibieron sus nombres de los habitantes respectivos, y el comercio difundía en otras regiones la producción y la palabra. La mayor parte de las frutas de que hacemos uso en Europa, tienen nombres asiáticos, por ser asiático el suelo que las dió espontáneamente. Los romanos tomaron del Oriente los nombres de las piedras preciosas. Las excepciones de este principio que hallamos en algunas lenguas modernas se deben ó á una corruptela hija de la vulgaridad, como el nombre Turquía, dado por los ingleses á un ave doméstica, procedente de América, ó de la semejanza entre el objeto nuevo y otro conocido, como el nombre que nosotros damos al mismo animal, por su semejanza con el que consagraba á Juno la mitología griega.

Más poderosa todavía fué la acción que ejerció la conquista

en estas alteraciones de los idiomas, sobre todo, cuando el conquistador era superior en cultura al conquistado: tributo que más frecuentemente ha pagado la ignorancia al saber que la debilidad á la fuerza. Pero hasta en estas consecuencias inferiores de la violencia ha introducido el orgullo humano sus arrogantes pruritos y el abuso de su preponderancia. En prueba de ello cita el eminente novelista inglés Walter Scott las primeras alteraciones que introdujo la conquista de los normandos en el lenguaje sajón de la población inglesa. Todas las palabras que representaban ideas de cortesanía, de lujo y de civilización, se tomaron del francés; todas las que representaban objetos vulgares y groseros, se quedaron en su forma primitiva. Los mismos animales que, cuando pastaban en los campos, se llamaban en sajón *ox*, *sheep* y *swine*, condimentados y servidos en las mesas de los nuevos dominadores, se llamaban en francés adulterado *beef*, *mutton* y *pork*.

Observemos, sin embargo, que aunque todas las naciones aceptaron los servicios del neologismo, no todas lo hacían con el mismo grado de condescendencia y docilidad, y el temple del carácter nacional nos explica la causa de estas diferencias. Los romanos, ensoberbecidos con su predominio universal, tuvieron una época, y fué la más brillante de su literatura, en que se mostraron sumamente rigurosos con respecto á la admisión de voces nuevas. El mismo manoseado pasaje del Arte Poética de Horacio, que comunmente se cita en favor del neologismo, manifiesta los escrúpulos que dominaban sobre esta franquicia en la sociedad romana de su tiempo. Desde luego recomienda que se use esta facultad con prudencia; que sólo se permita en un pequeño número de casos; que no se tomen voces nuevas de otra lengua extraña que la griega. Se queja después de que no se conceda en este ramo á Vario y Virgilio la misma facultad de que usaron Plauto y Cecilio; de que á él mismo no se permita

lo que se permitió á Ennio y á Caton. Por último, las restricciones del primer verso

In verbis etiam tenuis cautos que serendis;

la frase *cur acquirere pauca non possum*, y el tono general del pasaje, indican suficientemente que el poeta luchaba contra una opinion generalizada; quizás tambien contra la autoridad de los primeros escritores de su tiempo. Y en efecto, Ciceron tiene la fama de haber conservado en toda su pureza el idioma que hermoseó con tan admirables producciones, y lo cierto es que, cuando carecia de una voz que le hacia falta, la tomaba del griego no sólo sin alteracion, sino hasta con la ortografia y las letras de su alfabeto. Que Virgilio profesaba la misma doctrina, lo prueba su bien conocido verso,

Saxa vocant Itali mediis que in fluctibus aras.

Entre las lenguas modernas se observa gran diferencia en la facilidad ó rigor con que se prestan á la admision de voces extrañas. Las del Norte se distinguen por la suma latitud que conceden á la innovacion; latitud que raya en los límites de la anarquía, y de que se aprovechan, no sólo los escritores que tratan materias científicas y recónditas, sino los que manejan los asuntos más comunes y vulgares. La lengua inglesa no esquivo ningun neologismo, cualquiera que sea su procedencia, con tal de que conserve toda su integridad y su terminacion nativa. Así es que, á pesar de no tener voces que acaben en *i* vocal, han tomado la voz *banditti* del italiano, y careciendo del sonido gutural de la *j*, y del que nosotros damos á la *ll*, han tomado del español *junta*, *guerrilla* y *camarilla*. Por este medio han conseguido poseer una lengua riquísima, y que cada dia aumenta su vocabulario. Los ingleses, tan amigos de la legalidad, como independientes y libres en el círculo que ella les traza, no recono-

cen autoridad constituida en materia de idioma. Cuando les acomoda trasladar un sentido de la cosa á la accion, convierten el sustantivo en verbo; cuando quieren expresar en una sola palabra un sentido complicado, de dos ó tres voces simples forman un adjetivo compuesto, y si una voz de cualquier otro idioma les parece más oportuna, más expresiva ó más sonora que la que poseen en el suyo, la adoptan sin reparo, y le conceden sin formalidad alguna el derecho de ciudadanía.

En los idiomas de la region meridional de Europa, inmediatamente derivados del latin, ha predominado una legislacion más severa, y mayor esmero en conservar el carácter genuino del habla nacional. Nunca se ha manifestado más decididamente este espíritu de exclusion que en las épocas que cada una de ellas ha ilustrado por sus grandes trabajos literarios y por la abundancia de buenos escritores; en España, bajo el reinado de Isabel la Católica; en Francia, bajo el de Luis XIV; en Italia, bajo el de los Médicis. ¿Podrá decirse que esta coincidencia ha sido puramente fortuita? No por cierto: es un efecto forzoso del recto juicio, de la crítica severa, del tacto exquisito, de la sólida instruccion que predominaron en aquellas eras memorables. De todas estas perfecciones brota naturalmente en los pueblos que tienen la dicha de verlas fecundar en su seno, ese instinto seguro y delicado, ese criterio espontáneo, tan rápido en su accion como infalible en sus calificaciones, esa jurisdiccion tan legítima en su origen como inapelable en sus sentencias, que con el nombre de buen gusto domina sin rival en la república de las letras.

Ahora bien, Señores, la pureza del idioma es una de las leyes fundamentales del código del buen gusto; la conservacion de esta pureza, una de sus más asiduas atenciones. ¿Qué papel desempeña la diction en la composicion literaria? ¿No es ella el vehículo del génio, del raciocinio y de la imaginacion? ¿No

es ella lo que da vida, accion y movimiento á la obra secreta y misteriosa de la inteligencia? ¿No es ella el ropaje con que se viste el producto de la inspiracion y del convencimiento? ¿Y no se deteriora, no se degrada, no se envilece este fruto de un árbol tan precioso como es el ser espiritual del hombre, exhibiéndose afuera con el incoherente aparato de una locucion mestiza, heterogénea, impura y usurpada? La relacion entre el lenguaje y el pensamiento no consiste solamente en que el uno expresa lo que el otro concibe: consiste tambien en que el uno comunica al otro sus perfecciones y sus vicios; en que es imposible que un lenguaje desordenado, inculto y en que se eche de ménos el esmero en la eleccion de la voz propia y genuina que corresponde á cada concepto, no proceda de un entendimiento confuso, de un gusto depravado, de una instruccion mutilada, incompleta y errónea.

Estas reflexiones se aplican al hombre como ser dotado del don sublime de la palabra. Más eficazmente obran, sin embargo, en favor de la opinion que estoy defendiendo, las que se aplican al hombre como miembro de uno de esos grandes conjuntos en que se dividió el género humano desde la confusion de las lenguas, y á que damos el nombre de naciones. Porque de todas las peculiaridades que entran en su clasificacion, ninguna es más permanente, más tenaz, más inextinguible, más característica que el idioma. El cruzamiento de las razas, las revoluciones de los estados, las vicisitudes del tiempo debilitan y borran todas las otras condiciones especiales que contribuyen á distinguirlas. La influencia del clima sustituye un color á otro en la superficie externa; la conquista y las peregrinaciones desarraigan las tradiciones, las genealogías y las leyendas; la fe ó la apostasía trasmutan las creencias religiosas; hasta la estructura huesosa cede á la diferencia de ejercicios, de métodos de vida y de localidades; pero el idioma resiste á todas aquellas

causas de deterioro y de mudanza, como un monumento que el curso del tiempo consolida para manifestar á las razas su origen respectivo, y servirles de punto de union en la mezcla de familias humanas que producen las revoluciones y las conquistas.

Por esto el idioma es uno de los principales, si no el más preponderante, de los elementos de la idea que nos representa la dulce voz patria. No hay patria donde no hay lengua comun. Entre los romanos, bastaba no entender el idioma para merecer el título de extranjero.

Barbarus hic ego sum, quia non intelligor illi.

Y en efecto, ¿no es el idioma de nuestro suelo natal el que trasmite de una generacion á otra las hazañas de nuestros abuelos, los elogios de nuestros grandes hombres, las inspiraciones del ingenio nacional, los nobles y magníficos cuadros de nuestra historia? ¿No es el idioma el órgano esencial de nuestras leyes? ¿No es el vínculo que nos liga con la autoridad que nos gobierna, y con nuestros iguales en derechos y en subordinacion? ¿No es el consolador de nuestros males en los lábios de la amistad, y el conductor de nuestras ideas y de nuestros sentimientos en los de la sabiduría? Pues, ¿cómo osamos mancillar su pureza, afean su gallardía, viciar su elegancia y disfrazar su gentileza primitiva con los adornos postizos importados por la moda, aplaudidos por la ignorancia y propagados por la vulgaridad y el mal gusto?

Y sin embargo, Señores, tan deplorable extravío, que en la atmósfera que respiramos en este sitio merece el nombre de desacato, es hoy, mal pecado, la plaga de nuestra sociedad moderna, el azote de nuestra literatura, el escándalo de los buenos españoles, y el más poderoso y eficaz de los reactivos que van poco á poco borrando nuestro carácter nacional, y alejándonos de aquel temple mesurado, altivo, generoso, y al mismo

tiempo llano, jovial y sencillo, que nos envidiaron las naciones de la tierra, y que nos puso sobre todas ellas en tan honorífica elevacion cuando la ley hablaba castellano en Italia, en Flandes, en las Islas del Mediterráneo; cuando fué la lengua de Castilla la que por vez primera anunció la verdad evangélica en las vastas regiones del nuevo mundo. El neologismo sólo es reo de estos desaguisados.

El neologismo, ó más bien, démosle su verdadero nombre, el galicismo se enseñorea hoy en España, como un usurpador innoble que se complace en desfigurar los monumentos y en envilecer las glorias del pueblo sometido. La afectacion y la exageracion, que son los vicios sociales y literarios más dominantes en nuestro siglo, le han allanado la barrera de los Pirineos, y lo han introducido en nuestra política, en nuestra legislacion, en nuestra poesía, en nuestra escena, en el sagrado de nuestros hogares domésticos. Nosotros, que cediamos á las impresiones de lo admirable y de lo grandioso, nos hemos prendado de lo *imponente*. Nosotros hemos convertido las medias tintas en *matices*, como si la voz *matiz* no significara precisamente lo contrario de la voz *nuance*, á la que se ha querido dar aquella extraña interpretacion. Nosotros hemos convertido el progreso y el curso en *marcha*; el encargo en *mision*, el acompañamiento en *cortejo*, la tertulia en *soirée*, la gerarquía en *rango*, la reputacion distinguida en *notabilidad*. Ya nádie se estrena, y todos *debutan*; los soldados no pelean, sino que se *baten*; y los empleados no sirven, pero *funcionan*. En la disputa no se tocan puntos delicados, pero se *abordan cuestiones palpitantes*; y como si debiesen corresponder las vicisitudes del signo á las de la cosa significada, cuando la caridad cristiana flaquea en medio de los horrores de las discordias civiles, abrigamos *sentimientos humanitarios*; cuando en todos los pueblos civilizados la hacienda pública se extenúa, ya deja de ser hacienda pública y se

convierte en *finanza*, y cuando los gobiernos más robustos titubean en el suelo movedizo de las revoluciones, su accion deja de ser gubernativa, y empieza á ser *gubernamental*.

Casi me considero reo de una irreverente profanacion al articular en este santuario de la lengua castiza de nuestros abuelos las voces de tan bárbara algarabía. ¡Pues qué! el idioma de que sois celosos depositarios y escrupulosos conservadores; el idioma que no cesais de acrisolar por medio de una crítica juiciosa y de una erudicion vasta y escogida, ¿necesita de auxilios extraños para expresar todo lo más sublime que puede alcanzar la inspiracion, todo lo más delicado que puede sentir el afecto, todo lo más profundo en que pueden penetrar la meditacion y el análisis? ¿No hay bastantes riquezas en los escritores de nuestro siglo de oro para rivalizar en abundancia, exactitud, grandilocuência, flexibilidad y gracia, con las más preciadas y más perfectas de las lenguas vivas? Nuevas ciencias han brotado desde entónces en el mundo de la inteligencia; todas las que entónces existian se han engrandecido y perfeccionado; se ha ensanchado el dominio del hombre en la naturaleza; han salido de su seno nuevas sustancias; nuevos amaños y nuevos instrumentos están hermosteando al mundo y confiriendo á los hombres nuevos elementos de bienestar y de civilizacion. La razon, la necesidad, la autoridad de los legisladores de la literatura, el ejemplo mismo de nuestros antepasados están perfectamente de acuerdo en enriquecer el idioma, á medida que se enriquecen la ciencia y la sociedad con lo que antes era desconocido. Pero el lenguaje del racionio, del análisis y de la argumentacion; los nombres, los adjetivos, los verbos, las construcciones que interpretan la operacion mental y la hacen perceptible á los que leen y escuchan, componen en nuestro idioma un caudal suficiente para satisfacer cuantas exigencias han traído consigo los adelantos del saber en todas sus ramificaciones, en todos sus usos, en todos

sus descubrimientos. Castellano incontaminado y castizo hablaron, Cavanilles al revelar á su hechizado auditorio los misterios de la botánica; Clavijo, cuando, siguiendo los pasos de Buffon, describió las tremendas vicisitudes del mundo antediluviano, y pasó reseña á la creacion animada; Jovellanos, cuando desentrañó los que eran en su tiempo recónditos arcanos de la economía política; Balmes, en fin, cuando, alejándose con tanto esmero de la trivialidad de los manuales, como de la tenebrosa fraseología de los filósofos alemanes, expuso con la más luminosa claridad las doctrinas más profundas, las cuestiones más delicadas y escabrosas, los aciertos más incontrovertibles y los usos más útiles y fecundos de la verdadera, segura y cristiana filosofía de la mente humana.

Abuso de vuestra paciencia, y aún tengo que implorarla por algunos momentos, para cumplir con el deber que el nombre de Balmes me impone. A no haber frustrado prematuramente la muerte tantas esperanzas, Balmes ocuparia hoy el asiento que vuestra benevolencia me ha concedido, y la literatura y la Academia no tendrian que deplorar, como con sobrado motivo lo hacen, uno de sus más brillantes y honoríficos ornamentos. Sediento de verdad y de convicciones íntimas y profundas, impulsado por la índole natural de sus facultades á la investigacion de los misterios del ser invisible del hombre, penetrado del inmenso peligro con que amenazan á las sociedades modernas, por una parte los vuelos atrevidos de la escuela alemana, por otra, el abuso que hace del análisis la escuela sensualista, concibió un plan de filosofía mental que se acercase en cuanto nuestra limitacion lo permite, al conocimiento de la sustancia que piensa y siente, evitando con acertado esmero los dos abismos en que tan frecuentemente se precipita este árduo y delicado estudio. En los excesos de la ontología descubrió su casi inevitable degeneracion en panteísmo, y el triunfo del materialismo

en la excesiva amplitud que han dado al método analítico sus principales sostenedores. No lo intimidó, sin embargo, el peligro de incurrir en uno ó en otro de estos culpables extravíos. Firme en su creencia, afianzado en la rectitud de sus principios, no vaciló en penetrar, hasta donde la fe se lo permitía, en la region de la metafísica, ni en atribuir á los órganos las funciones que legítimamente ejercen en las obras del espíritu. La filosofía de Balmes tiene el gran mérito de su adaptacion á las necesidades de nuestra nacion y de nuestra época; y si el estudio de aquella ciencia fuera algo más en España que una simple formalidad preparatoria de otras carreras, Balmes habria fundado una escuela fecunda y regeneradora, sólida y robusta barreraalzada contra los sofismas y las quimeras que tanto estrago hacen actualmente en los paises más ilustrados de Europa.

Balmes no fué solamente filósofo, fué eminente controversista, y las dos armas necesarias en este campo de batalla, la lógica y la erudicion, obtuvieron en sus manos una ilustre victoria contra las pretensiones del luteranismo. La admirable produccion que dedicó á tan noble y piadoso empeño, ha sido traducida en las tres lenguas modernas más ricas en obras de esta clase, y el catolicismo entero ha reconocido en Balmes uno de los más eficaces defensores que han sostenido sus verdades desde los tiempos de Tertuliano hasta los de Le Maistre.

Pero en Balmes si apreciábamos los aficionados al estudio al escritor, al filósofo, al atleta científico, admirábamos sus amigos al hombre, al cristiano y al sacerdote; admirábamos aquel suave candor de su temple benigno, igual y abnegado; aquella invencible modestia bajo la cual se disfrazaban la elevacion de sus conceptos, y la abundancia de su saber; aquella benévola tolerancia de las opiniones ajenas, que no le estorbó, sin embargo, defender las suyas con todos los recursos que su esclarecida inteligencia le suministraba, y, más que todo, aquel es-

píritu excelsamente religioso, en que se reunian la fe más viva y ardiente, el convencimiento más sólido y razonado, y la cándida pureza de costumbres, que no adulteró jamás la menor vislumbre de hipocresia, ni menoscabó el más ligero síntoma de flaqueza.

Ved, ahí, Señores, el hombre de cuyos servicios, de cuya cooperacion, de cuyo lustre os ha privado y ha privado á las letras españolas un golpe inesperado. Si cuando fijeis vuestras miradas en el asiento que debia ocupar, lamentais su pérdida y echais de ménos sus servicios, no creais que el que indignamente le sucede desconoce las graves obligaciones y el empeño escabroso que le imponen el nombre y la fama de su predecesor.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

SEÑORES: Después del brillante discurso que acaba de oír la Academia, mal podré yo desempeñar de un modo digno de esta corporación el encargo de contestarle que me ha dado nuestro presidente. Todo cuanto yo diga deberá parecer pobre y descolorido, al lado de ese cuadro perfecto que el Sr. Mora nos ha trazado de las lenguas, y de las altas dotes de estilo con que ha sabido engalanarlo. Sin embargo, este encargo, que sólo por obediencia he podido aceptar, me es grato por otra parte al contemplar la persona objeto de la solemnidad que nos reúne. Veo en el nuevo académico uno de aquellos antiguos amigos, que allá en la juventud, me estuvieron unidos por los dulces lazos de una comun afición á los estudios literarios. Al cabo de largos años de ausencia, después de vicisitudes sin cuento, vuélvome á encontrar en este sitio, hácia el cual apenas nos atrevíamos á volver los ojos, cuando sólo nos era dado admirar las obras de los que entónces le ocupaban. Yo le he precedido en él, no por mayores merecimientos, sino por más cercano: puesto que la suerte, mientras á mí me encadenaba junto al hogar nativo, le arrastraba á lejanas tierras, de dónde, vuelto al fin, recibe en este instante el justo premio del renombre que por todas partes

le ha seguido. ¡Dichoso yo, que soy el primero en darle públicamente el dulce parabien por tan merecida honra!

Pero al mismo tiempo que experimento esta dicha, me asalta el recuerdo de la triste época en que nos conocimos; época funesta, sobre todo, para la literatura española. Entónces el azote de la desgracia se ensañaba en todos aquellos que poco antes daban lustre á la poesía y la elocuencia. Las cenizas de Cienfuegos yacian en la tierra de proscricion, donde sólo se alzaba ya su sombra aterradora. El restaurador de nuestra poesía, el dulce Melendez, y el insigne autor de la *Mogigata*, vagaban por extranjeros climas, hasta encontrar en ellos una tumba que les negaba su patria. Otros igualmente ilustres poblaban los calabozos, y los demas callaban; porque cuando la mano de la persecucion se deja caer sobre las cabezas principales, ¿qué han de hacer los más humildes, sino acogerse al sagrado del silencio, y buscar su salvacion en el olvido?

Sin embargo, unos cuantos jóvenes se reunian y consagraban en secreto ardiente culto á las musas. Poco cuidadosos del presente, y esperanzados en el porvenir, más bien por presentimiento que por prevision, conocian que aquel estado no podia durar, y que necesitaban prepararse con el estudio para tiempos de mayor animacion y vida, aunque tambien de prueba y sinsabores. Entre esta juventud dióse á conocer D. José Joaquin de Mora. Hijo de la poética Andalucía, habia ya visitado las márgenes del Támesis y del Sena, y enriquecido con variados conocimientos, no tardó en granjearse celebridad, constituyéndose en centro y guia de todos cuantos se sentian con amor á las tareas literarias. Léjos de existir entónces, como ahora, esos mil periódicos donde el joven ansioso de gloria halla campo para ejercitar su naciente ingenio, enmudecia la prensa, y sólo de vez en cuando daba el *Diario de Madrid* testimonio de que aún existia en España quien se ocupase en hacer versos, con nécias

composiciones, cuya ridiculez ha quedado en proverbio. No pudo el Sr. Mora sufrir por más tiempo semejante vergüenza, y despues de esfuerzos inauditos, que ahora no se concebirian, logró crear la *Crónica científica y literaria*, único periódico que llegó á ver la luz entónces, donde hicimos muchas nuestras primeras armas literarias, mas cuyo principal adorno fueron las composiciones de su entendido y laborioso editor, sobre todo aquellas fábulas que, llenas de gracia y ligereza, le colocan al nivel de los Iriartes y Samaniegos.

Este sería el lugar de hacer una reseña de los trabajos literarios de nuestro nuevo colega; pudiera analizar sus poesías; que todas respiran el gusto clásico de nuestro siglo de oro, sus leyendas, que desde climas extranjeros llegaban á nosotros para recordarnos el nombre de nuestro perdido amigo..... Pero, Señores, está presente, y la alabanza, por justa que sea, pone en posicion violenta al verdadero mérito que la escucha, y suele ofender su modestia. Por otra parte, la Academia, al admitirle en su seno, ha dado una prueba de que conoce y aprecia tan gloriosos trabajos; y si por acaso, alguno de los que están presentes ha podido ignorarlos hasta ahora, habrá bastado el discurso que acaba de pronunciarse para convencerle de que este Cuerpo, en su acertada eleccion, no ha hecho mas que un acto de justicia.

Y no sólo prueba este discurso la erudicion y buen gusto de su autor, sino que además revela en él al verdadero académico; es decir, al hombre entusiasta del bellissimo idioma castellano, conecedor de todos sus primores y ansioso de trabajar infatigable para conservarle en toda su integridad, para restablecer el habla pura y castiza de nuestros mayores.

Porque tal es, Señores, nuestro principal objeto. En vano se ha querido denostar á este ilustre Cuerpo, presentándole como enemigo de toda innovacion, como apegado á añejas rutinas, como obstáculo perenne á los progresos de la literatura. Des-

deñando tan necios clamores, sigue constante la senda que le ha sido trazada desde su fundacion. La Academia no puede asociarse á la degradacion de la lengua; y mal cumpliria los deberes que su instituto le impone, si, dócil á las exigencias de los innovadores, á los caprichos de la moda, á las sugerencias de la ignorancia, diera fácilmente carta de naturaleza á toda voz bárbara, á toda locucion exótica. Cuerpo conservador del idioma, á conservarlo ileso tienen que dirigirse sus esfuerzos. Su obligacion es combatir, y la Academia combatirá mientras no le aconsejen ceder la razon y la conveniencia; que no por resistente y severa, es enemiga de las mejoras útiles, y semejante al templo de Jano, mientras lidia tiene abiertas sus puertas para enriquecerse con toda clase de legítimos despojos.

Campeones somos, Señores, de la lengua contra la corrupcion y el mal gusto; y entre estos campeones viene hoy á ocupar su puesto un nuevo combatiente que se presenta con armas tan bien templadas, tan dispuestas á la pelea, que al sentar plaza ha empezado á esgrimirlas, dando crueles mandobles á ese neologismo bastardo, que en vez de enriquecer el habla castellana, la desfigura y envilece. Erudito á la vez y elegante, su discurso es de aquellos que dejan indeleble impresion en el ánimo de los oyentes; y no seré yo por cierto quien presuma debilitarla con el intento vano de añadir nuevas razones á las que tan elocuentemente ha presentado. Séame lícito, sin embargo, ya que sé ha puesto ante nuestros ojos el triste cuadro de la degradacion del lenguaje, examinar algunas de las causas que han debido contribuir á desnaturalizar su índole primitiva, procurando descubrir al paso, si en medio de esa degradacion existen motivos de consuelo, ya por las ventajas que en cambio de los males hayamos reportado, ya por la esperanza que nos quede de recuperar en parte lo perdido.

Señores, en todos tiempos se ha observado que la mayor

gloria literaria ha sido compañera de la grandeza política. Las armas y las letras, al parecer tan opuestas, suelen, por el contrario, darse á tal punto la mano, que juntas suben al templo de la fama, juntas se eclipsan en las épocas de desgracia. Verdes estaban aún los laureles de Salamina y de Platea, cuando las triunfadoras sienes de los griegos se adornaron tambien con otros no ménos brillantes cogidos en los campos de la poesía, de las artes y de la elocuencia. Roma se proclamaba señora del mundo, al mismo tiempo que el siglo de Augusto producía los Horacios y Virgilio. Francia se engrandecía con los triunfos de Luis XIV, á la par que empuñaba el cetro de la literatura clásica moderna. Por donde quiera, en fin, los fuertes guerreros, los sábios filósofos, los ilustres poetas, los eminentes artistas, se agolpan á la vez en las naciones; cual si á todas les fuese concedida una época de prodigiosa fecundidad en que los grandes hombres de toda clase nacen á porfía para asombrar al mundo. ¡Dichosas aquellas que no tienen luego que lamentar largos años de esterilidad y abatimiento!

Tal ha sido tambien la suerte de nuestra patria. Cuando robustecida con una larga lucha de ocho siglos, vencedora del sarraceno, se desbordó por el antiguo mundo, haciendo alarde de sus fuerzas, y buscó otro nuevo por no creer que aquel era bastante para dar cebo á su valor indómito, aspirando tambien al imperio de la inteligencia, llegó á ser no ménos célebre por su saber que por sus armas. Sus fuertes capitanes triunfaban en los campos de batalla; sus enviados imponían leyes á todos los gobiernos; sus oradores brillaron en el púlpito y en el concilio; sus poetas eran el embeleso de propios y extraños; sus pintores poblaban los palacios y los templos de maravillas del arte. Sólo Italia pudo disputar á España la palma de la ilustración: las demás naciones la acataron como sabia y como fuerte. España, en fin, se hallaba al frente de la civilización del mundo.

En aquella época se formó, se perfeccionó la lengua; en aquella época fué cuando se revistió de esas brillantes formas que la distinguieran de las demas lenguas europeas, no sólo por la sonora armonía de sus voces, sino tambien por el giro especial de su frase, por sus extensos períodos, y por su entonacion grave tan adecuada al carácter noble y severo del pueblo que la hablaba; en aquella época, ejercitándose en todas las materias que el saber de los tiempos alcanzara, se amoldó á todas las necesidades, á todas las ciencias, á todos los estilos, brillando así en el elevado como en el festivo, así en la historia como en la filosofía, así en el púlpito como en el teatro; en aquella época, en fin, propagada igualmente por sus obras y por las armas, no alumbró el sol region alguna donde no se hablase, llegando á ser la lengua culta de todas las naciones.

Pero huyeron los tiempos de grandeza, y con los triunfos militares cesaron tambien las conquistas del pensamiento. Al extinguirse la dinastía austriaca, halláronse en el mismo grado de postracion la monarquía y la literatura; y la lengua, aunque libre todavía del contagio extranjero que poco despues la invadiera, no era ya el habla hermosa y noble de los Garcilasos, Herreras, Leones y Granadas; habíase convertido en una algarabía incomprensible, que no teniendo de castellano mas que las voces, servia únicamente para revestir con sonidos vanos los conceptos más extravagantes de una imaginacion pervertida.

Las lenguas, Señores, no permanecen nunca estacionarias; siguen el curso de la civilizacion, y con la civilizacion se perfeccionan ó perecen. Si se ensancha el imperio de la inteligencia, la lengua, obligada á seguir el progreso de las ideas que sin cesar le piden nuevos medios de expresion, los busca infatigable en los tesoros que encierra; y este esfuerzo continuo le hace descubrir y dar á luz nuevas riquezas. Si por cualquiera

causa esa accion se paraliza; si el pensamiento deja de tener aquella actividad que necesita para ser fecundo, la lengua no encuentra ya su alimento; y reducida á no ejercitarse mas que en un mismo órden de ideas, se atormenta á sí propia, se violenta, se enloquece; y por dar nuevas formas á lo que veces mil ha reproducido, pasa de lo natural á lo forzado, de lo forzado á lo extravagante, rompiendo, por último, el freno saludable de la razon y del buen gusto.

Por un hado fatal, cuando más blasonaba de fuerte la nacion española, llevaba ya en su seno el gérmen de su futura decadencia. No basta el valor para dar grandeza á los pueblos, si no le acompaña el poder de la inteligencia. España fué grande porque era á la par sábia y valiente; pero llególe un tiempo en que sólo le quedó el valor, y tuvo que ceder su centro de oro á otras naciones que se le adelantaron en sabiduría. ¿Será preciso decir cuál fué la causa de este lastimoso atraso? No. Entre cuantos me escuchan, no hay uno que ignore que en el instante mismo en que llevábamos la civilizacion á un Nueyo Mundo, erigíamos en nuestro suelo un alcázar al enemigo de toda civilizacion. Luego que á la sombra de lo más sagrado que hay en la tierra hubo asentado su imperio de un modo indestructible, penetró en todos los dominios del pensamiento, se abrazó al árbol del saber para secarlo, y donde quiera veia un destello de luz, allí acudía para reemplazarle con una hoguera. A su aspecto huyeron las ciencias y la filosofía de un suelo en que hasta entónces habian hallado apacible albergue, pasando á otras regiones más felices, donde pudieron tender sus libres alas y hacer nuevas conquistas.

Reducido el lenguaje á un círculo de ideas que se estrechaba más cada dia, faltóle terreno donde ejercitarse. Despues de Garcilaso, Herrera y otros sublimes vates, ¿dónde hallaba colores la poesía para reproducir los campos y los amores, úni-

cos asuntos que le era dado cantar, y de que aquellos habian dejado tan admirables cuadros? Quiso excederlos, sin embargo, y cayó en el culteranismo, hijo forzoso de una literatura esclava, á quien era vedado espaciarse por las regiones donde pudiera hallar objetos nuevos de inspiracion y de entusiasmo. El culteranismo es la esterilidad del pensamiento, buscando un disfraz en los gastados recursos del lenguaje; en la literatura de un pueblo que ha retrogradado en el camino de la civilizacion, y que en lugar de ilustrar al mundo con nuevos descubrimientos, trata sólo de divertirle con juegos pueriles de palabras. La admirable flexibilidad de nuestra lengua le hizo engendrar maravillas en este género bastardo; pero descendió el idioma del alto puesto en que se habia colocado, y perdió la aptitud para emplearse en los ramos del saber que más ennoblecen al hombre, y que olvidados en nuestra patria, daban pasos de gigante en las naciones extranjeras.

¿Qué resultó de aquí? Que cuando llegó á romperse el valladar que separaba intelectualmente á España de esas naciones, la lengua se halló en frente de nuevas ideas, que, por demasiado extrañas, no acertaba á reproducir debidamente con los medios que le habian quedado. Faltábanle voces; y ni los giros ni el carácter últimamente dado al idioma, estaban en consonancia con modos tan diversos de pensar y ciencias tan adelantadas. Acaso volviendo al estudio de nuestros autores antiguos halláranse recursos de lenguaje con que suplir en parte lo que se echaba de ménos; pero trabajo tan largo y penoso no se avenia bien con la prisa de aclimatar los nuevos acontecimientos y el afán de gozar cuanto antes de sus beneficios. Llamaba más la atención el fondo que la forma; y la premura del tiempo, la necesidad, la ignorancia, borrarón los escrúpulos é hicieron adoptar juntamente las ideas y las expresiones; sucediendo en esto lo que en el comercio, que envuelto con las ri-

cas mercancías de Oriente, penetra el contagio que infesta el puro aire nativo.

Así es, Señores, que desde principios del pasado siglo, en que con el advenimiento de la actual dinastía no hubo ya Pirineos, aun más para las ideas que para la política, empezó nuestra lengua á variar de carácter. Durante el primer tercio de aquel siglo, como ofuscada del nuevo resplandor que se veía, emmudeció la literatura. Hubo una época de recogimiento, de indecision entre lo antiguo y lo nuevo; pero lo nuevo triunfaba poco á poco, y se iba enseñoreando de todos aquellos que, ansiosos de pisar los campos del saber, no lo buscaban ya sino en libros extranjeros. La revolucion que de esta suerte se elaboraba silenciosamente, estalló por fin; y al dar señales de vida nuestra literatura, se vió en los nuevos escritores que estaba consumada. La lengua castellana de á mediados del siglo XVIII, no es ya la lengua castellana de á fines de la anterior centuria. Luzan, Montiano, Feijóo, Cadalso, Iriarte, no hablaban, no escribian ya como Gracian, Paravicino y la demás turba delirante de conceptistas que siguieron con insensato ardor las banderas del culteranismo; el distinto modo de pensar habia traído distinto modo de expresarse.

¿Ha sido un bien ó un mal esta revolucion? No comparemos con los últimos escritores que he nombrado. Respecto de ellos, todo ha sido progreso, todo ganancia. Hagamos el parangon con sus predecesores. Ciertamente, la lengua ha perdido muchas de las galas que en lo antiguo la embellecian. Ya no ostenta aquellos períodos largos y numerosos que tanto contribuyeron á la armonía del estilo; ni aquel hipérbaton atrevido que casi igualaba en variedad de combinaciones al de los latinos. Despojada en parte de su rica vestidura para trocarla por el sencillo traje de la lengua francesa, camina con ménos pretensiones, olvidando la noble entonacion que hizo decir algun dia que el

habla castellana era la lengua de los dioses. Pero tambien ha ganado en naturalidad, exactitud y movimiento. El séquito de sus encadenados é interminables incisos le daba á veces un aire pesado y molesto; ahora, en frases más cortas, se dirige rápidamente á su objeto: sus artificiosos giros solian producir afectacion y oscurecer el sentido; ahora busca la claridad sin dejar de ser elegante: antes sacrificaba la verdad á la pompa de la frase; ahora con ménos brillantez da más verdad á su colorido. Sin cuidarse tanto de la forma, y ménos simétrica, ménos acompasada, se mueve con más animacion y vida, acomodándose mejor á la pintura de las pasiones humanas, y pres-tándose dócil á todas las necesidades de la moderna elocuencia.

No trato por esto de abogar en favor de esa funesta corrupcion que con tanto acierto ha anatematizado el Sr. Mora. Si es verdad que nuestra lengua ha experimentado una revolucion que todos tenemos que aceptar, mal que nos pese, no por eso debemos permitir que vaya más allá de lo que la necesidad y la conveniencia exigen. No sustituyamos voces bárbaras á las que tenemos ya para expresar con más belleza objetos conocidos; no introduzcamos modos extraños de hablar, cuando podemos decir lo mismo con más elegancia y con frases de origen puro y castizo. Estemos de sobre aviso contra la funesta facilidad de traducir sin discernimiento, adoptando todo lo extranjero por no saber ó no tomarse el trabajo de buscar lo equivalente en nuestra propia casa. Es grande, por desgracia, la turba de los que se lanzan en esta senda de perdicion; pero hay tambien insignes escritores que sostienen dignamente el pabellon nacional; plumas que no desmerecen al lado de las antiguas; y cuando recorremos nuestra moderna historia literaria, nombres encontramos en ella con que podemos envanecernos; poetas ilustres que no figuran mal en el Parnaso junto á los Vegas y Riojas; prosistas esclarecidos que los Cervantes y Granadas no se desde-

ñarían de abrazar como hermanos; y que si bien se distinguen por el nuevo carácter que la actual civilización ha dado al estilo, respetan la lengua, brillando todos por lo castizo de la frase y por los esfuerzos que hacen para restituir al idioma su esplendor primero.

Y lo conseguirán. Si la falta de libertad en el pensamiento fué la causa principal de nuestra decadencia literaria, desvanecido este obstáculo, asociada España al movimiento intelectual de las demás naciones, tomará parte con ellas en los trabajos científicos de toda clase, cultivando á la par su lengua para ponerla al nivel de la ciencia que debe reproducir en sus infinitas excursiones; y cuando esa ciencia no sea enteramente importada, sino producto también de nuestros esfuerzos, la lengua no conservará ya un carácter exótico, presentándose, al contrario, con todos los aires de la nacionalidad; porque cuando el hombre crea, la idea y la expresión nacen juntas, como vaciadas en una misma turquesa, hechas la una para la otra, y ambas son originales.

Caminemos, pues, con paso firme en tan provechosa senda; estudiemos á la par profundamente nuestros antiguos escritores cuya lectura estaba abandonada, para desenterrar en provecho de la moderna ciencia muchos de los perdidos tesoros que encierran; cultivemos con esmerado afán ese idioma tan bello que nuestros padres crearon y extendieron en medio de victorias, y volverán los siglos brillantes de nuestra literatura; y el habla castellana, recobrando sus mejores galas, enriqueciéndose con otras nuevas, ocupará otra vez el puesto que le corresponde entre las lenguas europeas. A este progreso se asociará la Academia Española, porque es el único legítimo, el único que le corresponde aceptar, el único que puede dar lustre y gloria al sagrado depósito que le está confiado.